

**Parroquia Santísima Trinidad
Catequesis Comunidades**

**Señor, ten piedad
“El poder sanador de la confesión”
Scott Hahn**

Catequesis: Raguél Rodríguez León



TEMA 1

Diversas versiones **Págs. 9-15**

Lo primero que debemos tener en cuenta es la importancia del sacramento de la confesión en la vida del creyente. En nuestro tiempo ciertamente estamos ante una crisis. Crisis porque se ha extendido una corriente de que no necesitamos confesarnos, de que nada de lo que hacemos está mal, de que todo es permitido. Esto manifiesta una desviación en el orden moral. La Palabra nos recuerda que “si decimos que no pecamos, nos estamos engañando” (1 Jn 1, 8).

Debemos reconocer nuestros pecados y acudir a la reconciliación, sabiendo por encima de todo que Dios es el Padre bueno y misericordioso del relato del hijo pródigo.

Aunque cueste, aunque sea difícil para algunos, debemos adquirir una visión más positiva del sacramento. Deberíamos verlo como la oportunidad en humildad de reconocer lo negativo, nuestras debilidades y acercarnos al único que puede dar la verdadera paz y alegría. Debemos ser sinceros con nosotros mismos ya que a nadie engañamos con esa postura de que todo está bien, de que en nada fallamos. Lo peor sería engañarnos a nosotros mismos. Es impresionante como una mentira después de que la hemos repetido tanto se va convirtiendo para nosotros en verdad.

El sacramento debe entenderse como la posibilidad de reconciliarse igualmente con uno mismo. Esto es realmente importante, ya que es un proceso sanador el que podemos realizar hacia nuestro interior.

TEMA 2

Págs. 15-19

Sería muy provechoso tomar conciencia de nuestra condición de cristianos y el proceso de conversión que siempre debemos llevar en nuestra vida. Es lo que se conoce como *metanoia*, el cambio del corazón, de nuestra actitud ante la vida. Eso fue precisamente lo que ocurrió en los primeros cristianos. Un cambio profundo, verdaderamente radical. Como cristianos debemos caminar en la presencia del Señor. Él quiere morar en nuestro corazón, ser el centro pero nosotros tenemos la libertad de permitirle o no. Ese es el misterio tremendo de toda persona, el escoger entre el bien o el mal, el camino de la bienaventuranza o el de la perdición.

Si algo alabó Jesús fue a la gente sencilla y sincera. Debemos ser coherentes y dar pasos concretos en este sentido cada día.

TEMA 3

Capítulo 2 Págs. 20-25

El sacramento aunque fue realmente introducido por Jesús en la primera comunidad cristiana, lo podemos ver insinuado desde los comienzos. Podemos decir que la primera confesión la encontramos en el pecado original, el primer pecado del primer hombre y mujer. Ellos tuvieron que reconocer su culpa, habían pecado. Es suficiente que sabemos que desobedecieron, quisieron conocer lo no permitido, se erigieron dioses. O sea, su problema fue que quisieron ser como Dios, y ese es el gran problema de la humanidad. Él era su Creador, su señor y ellos violaron su único mandamiento: “Ustedes pueden comer libremente de cada árbol del jardín. Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerán”. (Gn 2, 16-17). Ellos después de pecar se escondieron, como si alguien pudiera esconder algo o esconderse delante de Dios.

Inmediatamente Adán culpa a la mujer y ella a la serpiente. No quieren reconocer el hecho, no quieren asumir su responsabilidad. Increíblemente mientras más necesitamos de la confesión menos parece que la deseamos.

TEMA 4

Págs. 25-28

Tenemos después como muestra de lo que podemos hacer el relato de Caín. Caín por envidia comete el primer asesinato del mundo. La víctima de la que hablamos era su propio hermano. Y justo allí viene la gran pregunta de Dios, ¿dónde está tu hermano?

En la gran pedagogía del Padre, él no juzga o acusa a Caín sino que lo invita a que confiese, a que reconozca el pecado cometido. Y lo tremendo es precisamente que Caín no acepta el haber pecado. Y lo peor es que esta actitud se ha repetido mucho en la historia de la humanidad. El patrón de la evasión no es diferente.

Aquí debemos resaltar la posibilidad que nos da Dios desde el Antiguo Testamento para expresarnos por medio de signos humanos, de actos litúrgicos de penitencia. Esos elementos fueron recogidos y renovados en la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios, la comunidad e los creyentes.

De aquí que nosotros debemos ver que actos litúrgicos realizamos para que nuestra gente se acerque al sacramento y lo haga con confianza sabiendo que el Padre nos acoge y abraza.

TEMA 5

Págs. 28-32

En la pedagogía divina, vemos cómo la confesión se fue convirtiendo en una liturgia para los israelitas. Sin embargo, no debemos olvidar la dificultad de la Antigua Alianza en el acto de la penitencia. Cuando se reconocía el pecado había que prepararse para la confesión

y el sacrificio correspondiente. Esto sólo se podía hacer en el templo de Jerusalén y había por lo tanto que viajar por caminos llenos de bandidos y animales depredadores.

Es importante tener en cuenta que la confesión desde entonces ha tenido *dos dimensiones*. Una profundamente personal y otra pública, bastante humillante y costosa. El sacrificar parte del ganado en una cultura agraria, significaba un capital.

Con el tiempo, el pueblo de Dios desarrolló un vocabulario amplio para la confesión y la penitencia. Se incrementaron las palabras y los himnos, pero también los gestos y acciones. Entonces como ahora, debemos recordar que la confesión no era un asunto meramente espiritual. Era además una muestra exterior de una realidad interna. Era un sacramento de la Antigua Alianza. Los pecadores mostraban su dolor y arrepentimiento. Muchas veces estas confesiones ocurrían en presencia de la Asamblea de Israel o sus delegados, los sacerdotes. (1 Reyes 21, 27; Neh 9, 1-2).

Ropas ásperas y cenizas, llantos y caer postrados en tierra, eran muestras del dolor y el arrepentimiento causado por los pecados cometidos.

Preguntas.

*¿Sentimos nosotros el mismo arrepentimiento cuando nos acercamos al sacramento?
¿Es realmente un acto personal y comunitario?*

TEMA 6

Págs. 33-36

Como hemos visto, los actos de contrición de los israelitas eran profundos, sinceros y personales. Nosotros no podemos apreciar en toda su amplitud el Nuevo Testamento si no tenemos una comprensión adecuada de la vida de fe del Antiguo Testamento, incluyendo la comprensión de los ritos y sacramentos del mismo. *Jesús no vino a sustituir una cosa por otra, sino a dar cumplimiento y plenitud a lo iniciado.*

La Antigua Alianza no murió agotada ni gastada, sino que resurgió a la nueva vida con la Nueva Alianza de Jesucristo.

Ahora bien, perdonar los pecados es un acto únicamente divino. De allí, el escándalo que causó el que Jesús perdonara los pecados. Esto significaba que ocupaba una autoridad que sólo le correspondía a Dios o que Él era Dios encarnado. Entonces podemos comprender qué fuertes fueron las palabras de Jesús al Parálítico: “Hijo se te perdonan tus pecados”.

Jesús estaba ejercitando un derecho divino al declarar la remisión total de los pecados a alguien. Para Jesús curar el alma, era mayor que la curación física. La curación es una muestra o signo exterior de una realidad interior.

Este era un asunto de capital importancia con consecuencias inmensas. Se reconocía en Jesús la Divinidad o se le acusaba como blasfemo que fue lo que hicieron los escribas.

Pregunta:

¿Es realmente Jesús para nosotros el Hijo de Dios, el Señor de nuestras vidas?

TEMA 7

Págs. 36-43

Pero esto no termina aquí, Jesús fue mucho más lejos. Después de la resurrección, se acercó a los discípulos y les dijo: “La paz esté con ustedes”. Y añadió: “Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados serán perdonados y a quienes se los retengan, les serán retenidos”. (Jn 20, 22-23).

De esta forma, les daba el poder excediendo a lo que antes estaba establecido sólo a los sacerdotes de Israel. El “atar y desatar” significaba el juzgar a alguien de estar en comunión o no, y fueron las mismas palabras que utilizó el Maestro. Es más, agregaba una nueva dimensión. El poder de la comunidad, la Iglesia, se extendía tanto como el poder de Dios (Mt 18, 18).

Ciertamente revelador es el pasaje de Santiago (Stgo 5, 14-16). Él conecta la práctica de la confesión con los ministerios curativos sacerdotales. Porque los sacerdotes son curadores, los invitamos para que sanen nuestras dolencias de alma y cuerpo.

Y esta práctica se llevó a cabo en las primeras comunidades. El documento judío-cristiano más antiguo que se conserva aparte de la Escritura, llamado “Didajé” o “Enseñanza de los apóstoles” es una compilación de moral cristiana e instrucciones litúrgicas.

TEMA 8

Págs. 43-48

Es importante que tengamos en cuenta que la doctrina penitencial de la Iglesia se ha desarrollado con el tiempo. En los primeros siglos muchos cristianos no estaban conformes con recibir nuevamente a los pecadores arrepentidos. En este tema tuvo importancia San Cipriano, obispo de Cartago, insistiendo que al pecador arrepentido se debe readmitir en la eucaristía.

La confesión fue tema tratado por los padres de la Iglesia. Sobre ella se pronunciaron San Ireneo de Lyon, San Hipólito y Tertuliano.

Los padres comprendieron que en la Buena Nueva del evangelio estaba claramente el mayor atributo de Dios, la misericordia. La misericordia es el poder de Dios, la sabiduría y la bondad manifestadas en unidad.

Esta misericordia de Dios se ha manifestado plenamente a nosotros en Jesucristo. El gran Santo Tomás nos recuerda que la justicia y la misericordia son inseparables. Una complementa a la otra.

Preguntas

¿Vemos nosotros en Jesucristo la misericordia de Dios encarnada?

¿Somos misericordiosos con los demás como lo es el Señor con nosotros?

TEMA 9

Págs. 49-54

Como hemos dicho, la confesión ha cambiado de expresiones adaptándose a las necesidades de los tiempos y lugares. Pero siempre ha sido la manifestación del perdón, de la misericordia de Dios en medio de la humanidad.

En algunas comunidades de la Iglesia primitiva, la confesión era una vez en la vida. Otro elemento como hemos señalado era la severidad de las penitencias.

La práctica de la confesión frecuente fue introducida en Occidente por los monjes irlandeses que fueron misioneros por toda Europa. Hacia el siglo VII, el sacramento tenía el aspecto que hoy conocemos.

Estas expresiones externas de esa realidad interior que es la gracia y la vida nueva en Cristo, quedaron selladas en los conocidos tres sacramentos de iniciación (bautismo, comunión, confirmación), los de sanación (confesión y unción de los enfermos) y los de vocación (matrimonio y orden sacerdotal). A este conjunto se les llama los *siete magníficos*.

Específicamente la confesión nos prepara para compartir la mesa de la Palabra y de la eucaristía.

Ahora bien, el sacramento consta de dos partes activas: una es el creyente que se acerca humildemente a Dios reconociendo su limitación y la otra es Dios que nos recibe benignamente y nos concede el perdón. Veamos la próxima semana los pasos a seguir.

TEMA 10

Págs. 55-60

- 1) *Arrepentimiento de nuestros pecados:*

La palabra técnica es contrición. Debemos pedir la gracia del verdadero arrepentimiento, que es a lo que le llaman dolor. Por nuestra parte debe haber una sincera resolución de cambio, de transformar con la ayuda del Señor esas zonas en las que debemos trabajar.

El arrepentimiento debe ser genuino, como también el firme propósito de la enmienda. Este es un punto delicado y muy importante. Si bien es cierto que Dios es rico en misericordia para con todos, Jesús el Mesías y Señor, nos dejó claramente que junto al perdón, iba el mandato de no caer en lo mismo. Cuando se encontró con la mujer adúltera le dijo: “Vete y no peques más” (Jn 8, 11). Como este, tenemos muchos otros ejemplos.

2) *Confesar nuestros pecados:*

Existen dos tipos de pecados: los mortales y los veniales. Los primeros nos dañan profundamente, tienen que ver con las cosas más importantes de nuestra vida. Cualquier persona puede reconocer la gravedad de estas acciones u ofensas. Estos, por supuesto, deben confesarse siempre.

A los segundos les llama la Iglesia “faltas diarias” y aunque no son de obligatoria confesión, se recomienda se haga confesión también de los mismos.

Es importante tener presente que en el sacramento no estamos diciéndole a Dios algo que no conoce. Él nos conoce y conoce nuestros pecados mejor que nosotros. El hecho de hacer confesión, no es un bien o favor que le hacemos a Dios sino a nosotros mismos.

3) *Completar el trabajo de penitencia o restitución:*

Recibida la absolución debemos realizar algún acto que restituya el daño cometido. Esto nos debe llevar a una acción concreta con el próximo una vez obtenido el perdón de Dios.

Estos actos, de igual forma, fortalecen nuestra alianza con Cristo y con la Iglesia.

Pregunta:

¿Somos conscientes que somos nosotros los primeros beneficiados de una buena confesión?

TEMA 11

Págs. 60-65

En esta semana se debe insistir en quien recibe la confesión, que es Jesucristo. Como hemos dicho, sólo Dios puede perdonar los pecados y ha dado ese poder a la Iglesia. El ha derramado su Espíritu Santo sobre los apóstoles y sucesores para que sean instrumentos de la gracia, de su perdón.

El poder de perdonar sigue descansando en Dios, sólo que ha autorizado a otros para perdonar en su nombre. Esto es sumamente importante. *El sacerdote no perdona en nombre propio sino en nombre del que le ha dado ese ministerio, esa autoridad.*

Lo más importante de lo que realiza el sacerdote son las palabras de absolución. Si hemos hecho nuestra parte, entonces esas palabras trabajarán en nosotros con un poder sanador.

Debemos entender las palabras de absolución como si fuera Dios mismo el que las pronuncia. Son palabras realmente creativas y eficaces. Con esas palabras Dios nos renueva y deberíamos de tener la experiencia de ser nuevas criaturas, profunda y realmente renovadas.

Queda claro que no vamos al sacerdote en vez de ir a Cristo, ni vamos al confesionario en vez de al Señor. Vamos al Señor que se hace presente en el ministro.

Pregunta

¿Creemos realmente en la eficacia del sacramento en nuestras vidas?

TEMA 12

Págs. 66-69

Aquí nos encontramos con que es muy fácil reconocer los errores y todo lo que anda mal en el exterior pero que diferente es cuando se trata de nosotros. Es cuando necesitamos del suficiente valor y humildad para reconocer que también nosotros nos equivocamos, hacemos lo incorrecto y alguna responsabilidad tenemos en que las cosas no marchen bien.

El pecado no está fuera, está dentro de nosotros. Ya lo dijo el Señor: es del corazón del hombre de donde salen las buenas y malas acciones (Mt. 15, 19-20). Y no acabamos de aprender esta lección.

Ciertamente como dice el autor no se puede hablar del pecado sin hablar de la gracia. *Nuestra vocación o llamada es a la gracia, a la vida en plenitud, a la realización y felicidad.* Este es el anhelo profundo del corazón.

La gracia es el *gran regalo* que se nos concede de participar de la vida divina., la cual no merecemos ni podemos alcanzar con nuestro esfuerzo.. Este regalo es vivir en amistad con Dios, es vivir movido por el amor de Dios.

Y aquí entra el gran misterio de la libertad humana. Esta gracia, este magnífico regalo lo podemos aceptar o rechazar.

Pregunta

¿Somos conscientes que estamos llamados a vivir de una manera especial por ser hijos del Altísimo?

TEMA 13

Págs. 69--76

Aquí el autor se refiere al pecado de omisión. El mismo es *no hacer lo que deberíamos en el momento adecuado*. Quizás le restamos importancia pero el Señor fue muy exigente cuando se expresó en este tema. Lo vemos en Mt 25, 40-44 un texto que debería ser motivo de examen personal para cada cristiano. Tengamos claro que Jesús no reprocha el haber cometido malas acciones sino el dejar de haber hecho las buenas porque fue a él a quien no se lo hicimos cuando lo dejamos de hacer con un hermano.

La gran omisión es no tender la mano al necesitado, no animar al afligido, no levantar al caído. En otras palabras, *encerrarnos en nosotros mismos*; lo contrario del proyecto que nos propone Jesús.

Después el autor señala las tres condiciones necesarias para que un pecado sea mortal: falta grave, pleno conocimiento y consentimiento deliberado. Ahora bien, es importante tener en cuenta que el pecado puede haber sido cometido por ignorancia o desinformación, que la persona puede haber sido forzada o manipulada. De ahí, que hay que analizar cada caso y nadie debe convertirse en juez de su hermano.

Pero en todo esto, lo esencial es aceptar la misericordia y salvación de Dios hecha realidad en Jesucristo, el Señor y ofrecida por el Espíritu Santo. Muchos ejemplos tenemos en la Escritura y especialmente en los evangelios. La salvación, la gracia, la dicha de ser amado y acogido por el Padre e invitado al Reino, ocurre cuando un corazón acepta, es dócil, da el sí.

Pregunta

¿Somos sensibles a las necesidades de nuestros hermanos?

¿En nuestro examen personal tenemos en cuenta el pecado de omisión?

TEMA 14

Págs. 76-86

Ciertamente ningún pecado queda aislado y sin efecto en la persona. Un pecado lleva al otro y así se establece una cadena muchas veces interminable. Hay que añadir, como hemos dicho, que el pecado tiene repercusión no sólo en la persona, sino también en la comunidad. O sea, el pecado tiene una dimensión social o comunitaria.

A esto le sigue lo llamado *corrección fraterna*. Debemos ayudar a nuestros hermanos corrigiéndolos y ayudándolos a crecer, pero qué difícil resulta ponerlo en práctica y, sobre todo, tener la humildad necesaria para dejarnos corregir por el hermano.

Seguidamente el autor se refiere al pecado original. Este es tema delicado y considero es un verdadero misterio. Pudiera explicarse como esa insatisfacción que experimentamos todos los humanos, ese deseo de plenitud y felicidad que no alcanzamos en nuestro paso terrenal. Al comienzo, se encontraban en estado de gracia. Todo se había puesto a sus pies. Pero después de pecar, se encontraron como reyes desposeídos. El gran pecado fue rechazar el proyecto de Dios, fue rechazar la vida de la Trinidad ofrecida gratuitamente.

Pregunta

¿Practicamos la corrección fraterna y estamos abiertos a recibirla?

TEMA 15

Págs. 87-91

Aquí entramos en otro punto delicado o difícil de explicar claramente. Nos referimos a que cuando pecamos, normalmente no elegimos el mal en sí. Toda persona se inclina al bien, a la satisfacción, al placer. El mal se presenta como algo bueno, de lo cual debemos degustar.

Nos inclinamos a lo cómodo, a lo que parece nos hace más libres y nos facilita la vida cotidiana. San Agustín señala incluso que esas cosas que nos seducen son buenas, pero deben ser desechadas por Dios, el Sumo Bien. En él encontramos la mayor delicia y es la alegría de los justos de corazón.

Según Agustín, el problema es nuestro deseo desordenado de las cosas, el no poner cada una en su justo lugar y valor.

Como mismo un pecado lleva a otro, unas necesidades llevan a otras necesidades. Entonces ocurre que en vez de disfrutar de las cosas, nos volvemos esclavos de ellas. Esta es la trampa en la que caemos fácilmente.

Pregunta

¿Evitamos las ocasiones de pecado?

TEMA 16

Págs. 92-101

A este impulso o inclinación al pecado, es lo que la Iglesia llama concupiscencia. La misma no es pecar, no nos hace culpables pero sí vulnerables y proclives a pecar. El asunto aquí es no dejarse llevar por este deseo o inclinación.

En el texto se mencionan tres efectos de la concupiscencia. Estos son:

- Se oscurecen nuestros intelectos
- Se debilita nuestra voluntad
- Se desordenan nuestros apetitos

Ahora bien, debemos reconocer que nuestros pecados comienzan con nuestros deseos desordenados. Para no caer deberíamos resistir a la tentación; rechazando el deseo y evitando la situación que nos tienta.

Para muchas personas el peor castigo es precisamente estar atado al pecado. Llega a ser la adicción, la dependencia el mayor de los males y la causa de muchos sufrimientos. Pero no olvidemos que contamos con el Espíritu Santo. Él viene en nuestra ayuda, nos fortalece y derrama su gracia. No estamos solos.

Pregunta

¿Confiamos en el poder de la gracia y la liberación que viene de parte de Dios en nuestras vidas?

TEMA 17

Págs. 102-110

San Pablo, como muchos otros, tuvo la experiencia de liberación en su proceso de conversión. Esta liberación está en una persona concreta: **Jesús de Nazaret**. Como dice la Escritura donde abundó el pecado sobreabundó la gracia. O como dirá Pablo: “Cristo Jesús me ha liberado de la ley de la muerte y el pecado”(Rm 8, 2). Esa fue la misión de Jesús, hacer presente el amor incondicional del Padre sanando a los enfermos, perdonando a los pecadores, levantando a los excluidos y marginados.

Esa misma experiencia de perdón y liberación la podemos tener en los sacramentos y de manera especial en el sacramento de la confesión o reconciliación. Y esto llega a comprenderse si tenemos claro el significado de alianza en el pueblo de Israel. La alianza era un pacto o sello definitivo en el que se involucraba la persona entera y daba su palabra. En el caso del pueblo elegido, su relación con Dios estaba definida por una alianza. Es mas, la Alianza era la idea central, *es el hilo conductor del Antiguo Testamento*.

Para el cristiano, pecar es precisamente romper la alianza. Es desligarse de ese pacto que se ha sellado con el Dios vivo y verdadero, con el Padre rico en misericordia.

Pregunta:

¿Procuramos nosotros mantener y renovar la alianza con nuestro Dios?

TEMA 18

Págs. 111- 115

Jesús no vino a anular la Alianza sino, todo lo contrario, a darle cumplimiento. Vino a sellar la alianza de forma definitiva. Esa alianza de Dios con los israelitas, se convierte con Jesús en invitación y alianza universal. La “verdadera familia” de Cristo, consiste como bien dice el autor, en aquellos que reciben una vida nueva en el bautismo y continúan compartiendo su vida a través de los sacramentos.

Los sacramentos son los medios o canales por los cuales nos incorporamos a la alianza familiar de Dios. Los sacramentos son los medios eficaces para renovar la alianza y para restaurarla cuando ha sido rota.

El sacramento de la reconciliación nos ofrece la oportunidad de regresar a casa, de restablecer la fraternidad que ha sido quebrada por nuestros egoísmos, envidias y orgullo.

Una vez reconciliados podemos acercarnos a la mesa de la Palabra y la eucaristía, donde se renueva cada día la nueva y eterna alianza, por la cual fuimos santificados y salvados.

Deberíamos los cristianos tomar conciencia de que no sólo hemos sido perdonados sino que somos hijos de Dios e invitados a compartir la vida trinitaria. De ahí proviene la incomparable dignidad del ser humano.

Pregunta:

¿Somos conscientes de nuestra dignidad de hijos de Dios y obramos en consecuencia como tal?

TEMA 19

Págs. 116-119

La confesión debemos entenderla como el retorno de un hijo extraviado al hogar, a los brazos del Padre.

El sacramento no debe ser tanto una doctrina sino una experiencia, una praxis. Es la historia de la vida de todo el mundo como dice el autor. Es la historia del que tropieza y cae, pero tiene la ayuda para levantarse y seguir el camino. Es la historia de la bellísima parábola del Regreso del Hijo Pródigo (Lc 15, 11-32).

En ocasiones, el regreso a la casa paterna implica un largo viaje, como en el caso de la parábola. Muchas veces tenemos nuestro discurso preparado pero se desvanece ante la presencia del Padre bueno y misericordioso. Su mirada, su compasión nos desarmen,

rompen nuestra lógica y esquemas. Sólo nos queda disfrutar de la acogida incondicional y la fiesta improvisada.

No olvidemos el contexto donde se encuentra la parábola. Está en el conjunto de historias o narraciones del evangelio lucano que quiere poner el acento en la misericordia infinita e incomprensible del Padre.

Pregunta:

¿Es el sacramento una experiencia gratificante o es el trago amargo del cual buscamos salir lo más pronto posible?

¿Nos preparamos adecuadamente para ese encuentro, esa celebración o no?

TEMA 20

Págs. 119-124

Jesús fue motivo de escándalo y eso no debemos olvidarlo. Tuvo enfrentamientos especialmente con los fariseos. Ellos se consideraban los separados, de ahí su nombre. Eran los grandes conocedores de la Ley y la observaban fielmente. En respuesta simple y directa a los fariseos, es que Jesús narra la serie de parábolas.

La oveja o el dracma perdidos tenían un gran valor pero, sin duda, nada se compara con la petición del hijo que pide la parte de la herencia que le corresponde. Ese gesto significaba una gran ofensa, se podía interpretar como el desear la muerte del padre.

Al dejar la casa paterna se colocaba fuera de la alianza, rompía con las tradiciones familiares. Y el padre acabó en un momento con su gran pecado. Hizo que el hijo recuperara su relación filial, su herencia y su vida de familia. Todo lo fue restablecido.

Pregunta:

¿Nos creemos en ocasiones mejores que los demás?

¿Nos alegramos cuando un hermano comienza su camino de fe o regresa, y le expresamos ese gozo?

TEMA 21

Págs. 125-131

Seguimos el análisis de la parábola del Hijo Pródigo. Es necesario tener en cuenta los símbolos empleados en la narración. Ellos son: el mejor vestido, el anillo, los zapatos y un banquete en su honor. El anillo representa la alianza familiar restaurada, las vestiduras signo de que el padre comparte con él su autoridad, los zapatos muestra de un hombre libre, ya que los esclavos iban descalzos. Por último el padre lo invita a compartir nuevamente la mesa, como si nada hubiera pasado. Estos detalles que parecen

insignificantes, no debemos despreciarlos ya que no comprenderíamos la parábola en su totalidad.

El relato nos muestra cómo el padre le devuelve la plena comunión. Y tenemos la actitud del hijo mayor a quien por lo general se le resta importancia y quizás sea el personaje principal si tenemos en cuenta que la parábola va dirigida a los fariseos. Este hombre se cree el justo, el bueno, sin embargo no vive en paz. Es más, se pone furioso cuando ve el proceder de quien perdona y ofrece otra oportunidad. Sin dudas, no comprende *la dinámica del amor*, el cual es gratuito e incondicional, y más si nos referimos al Padre celestial.

Vale destacar que el hijo mayor ha vivido como esclavo y esto puede pasarnos a nosotros. Cuando habla a su padre le dice: este hijo tuyo. Con esa frase ha cometido quizás el mayor de los pecados, ya que *no acepta la fraternidad, que el otro es su hermano*. Ese con quien convivimos no es un extraño, alguien de quien nos podemos desentender, sino nuestro hermano o hermana.

Y lo tremendo de esta actitud es que se ha repetido y se repite incluso en la Iglesia. Siempre ha estado la tentación de creerse mejores, de ser exclusivos, de resistirse para acoger y abrazar al hermano que regresa a casa.

Esta historia como hemos señalado tiene gran actualidad. Ha sido la historia de muchos hombres y mujeres que se han encontrado con el Padre de las misericordias. Esa fue la historia de San Pablo, por lo cual comprendió bien el sentido de filiación, de fraternidad y libertad desde la fe.

Pregunta

¿Hemos entrado nosotros en la dinámica del amor, con todo lo que implica?
¿Tenemos claro el sentido de filiación y fraternidad?

TEMA 22

Págs. 132-138

Como bien dice el autor, cada uno es hijo pródigo de Dios. Al menos una vez huimos de casa, dejamos al único que nos puede dar verdadera paz y alegría cambiándolo por goces que deslumbran pero al fin pasajeros.

Deberíamos tomar conciencia de que no estamos en tierra definitiva, no podemos plantar la casa como si esta fuera para siempre. Estamos en el mundo de paso, se hace camino al andar como dice el poeta. Sin embargo, me parece, que la mayoría no ha comprendido eso. Siempre está la tentación de tener y cada vez más. Tal parece que los

bienes materiales nos dan seguridad, nos reafirman y hasta nos muestran como personas importantes.

Esta experiencia de peregrinos la comprendieron muy bien los discípulos de Jesús y las primeras comunidades. Tenían la herencia que venía desde Abraham. Dios le dijo a este: *Sal de tu tierra*. Dios lo llamó para hacer un viaje a tierras lejanas (Gn 12, 1). Quizás no nos hemos dado cuenta, pero así empieza la historia de la salvación. En ella tenemos la experiencia del éxodo, de cómo el desierto fue modelando al pueblo mientras caminaba a la tierra prometida.

También tuvieron esa experiencia y lo asimilaron de forma increíble los grandes místicos como Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Pregunta

¿Vivimos nosotros como peregrinos o apegados a personas o cosas materiales?

TEMA 23

Págs. 138-144

El cristiano debe con la ayuda de Dios rechazar esos placeres a los que nos hemos referido y vivir como hijos del Altísimo. Nuestra sociedad tiene sus ídolos pero el cristiano debe distinguirse y ser luz en el medio que le ha tocado convivir. Para esto tenemos muchas veces que negarnos a nosotros mismos y hacer nuestras las palabras de Juan el Bautista: *Que él crezca y que yo disminuya*. Ahora bien, para esto es necesaria la experiencia espiritual, estar cimentado sobre roca.

Esta experiencia fue uno de los pilares del cristianismo, los discípulos lo aprendieron muy bien. Siguieron su ejemplo los Padres de la Iglesia y los grandes santos.

Deberíamos poner en alto nuestra dignidad, nuestra libertad y recordar la herencia que nos espera. Muchas veces nosotros mismos la pisoteamos o permitimos a otros que nos arrastren. No es creerse mejores, pero el cristiano debe vivir como tal.

Es vital para todo ser humano y más aún para el cristiano tener presente quién es, de dónde viene y hacia dónde va.

Pregunta

¿En nuestras comunidades buscamos que el Señor sea conocido y amado, o buscamos que los demás nos celebren y tengan en cuenta?

TEMA 24

Págs. 144-149

Aquí se pone el acento sobre el tema de la libertad, de lo que podemos elegir. Si seguimos al Señor debemos dejar a un lado los apegos personales. Cada uno sabe cuál es el suyo, de qué debe liberarse. Para esto es importante pedir la gracia y tener paciencia.

El proceso de conversión es precisamente ir rompiendo las ataduras. Estas ataduras, no nos permiten ser libres y vivir la vida abundante que ofrece el Maestro. Jesús de hecho, es el gran liberador, el que ha venido para que humildemente contemos con él y nos ayuda a llevar nuestras cargas.

Este proceso personal y diario de conversión se facilita, se hace más llevadero si frecuentamos los sacramentos. Estos se nos ofrecen para renovar nuestra relación, para mantenerla viva, incluso para no caer en la monotonía.

Seguidamente el autor habla de la penitencia hasta el punto de convertirse en virtud y hábito del cristiano. Esta no se puede reducir a la recomendada por el sacerdote cuando nos acercamos al sacramento, u otras conocidas como el ayuno, vigilas o peregrinaciones.

La penitencia en nosotros debe llevarnos a sacrificarnos por el hermano. Esta práctica nos permite salir de nosotros, tenernos como centro y dejar lo nuestro a un segundo plano. Y no pensemos que sea grandes cosas, es en las pequeñas y cotidianas que podemos hacerlo.

Pregunta

¿Ponemos nuestro proceso de conversión en manos de Jesús sabiendo que con él todo lo podremos?

TEMA 25

Págs. 150-159

Entramos a reflexionar sobre los ídolos. Muchas veces pensamos que nos libramos de este mal y que como le hemos dicho que sí al Señor, por tanto estamos seguros. Pero si somos sinceros, otras cosas nos dan seguridad y muchas veces, mas que el Señor y su Palabra.

Cuánta gente no está segura de sus propiedades, de sus cuentas bancarias, de su empresa o vehículo. Estas cosas, así como la fama o el sexo pueden convertirse en ídolos para nosotros.

Esta tentación la encontramos claramente en las Escrituras. Dios era el fiel, el que mantenía su palabra, sin embargo, el pueblo rompía la alianza una y otra vez corriendo detrás de los ídolos.

El amor lleva a hacer sacrificios por quienes se ama. Cuántos sacrificios no hacen las madres por sus hijos. El que no está dispuesto a sacrificarse por alguien o por una causa, no lo ama realmente. Es increíble como la gente se sacrifica por metas pasajeras, por asuntos incluso de moda. Tendríamos que poner nuestro empeño y sacrificarnos por lo que realmente vale la pena, por lo que perdura y nos da vida eterna.

Una penitencia o sacrificios que no tenga al amor como motor impulsor, de nada sirve. Sería un sacrificio estéril, vacío.

Preguntas:

¿Identificamos cuáles son nuestros ídolos para eliminarlos?

¿Nuestros sacrificios están orientados desde el amor?

TEMA 26

Págs. 160-165

Sin duda, la mejor penitencia es acercarnos al sacramento de la reconciliación. Aquí no sólo está nuestra parte, sino también la del Señor. Viene a nosotros su gracia sanadora, su perdón, su fortaleza para que sigamos el camino.

El autor hace referencia a que debemos acudir con frecuencia. Pone incluso el ejemplo del deportista que entrena una y otra vez para tener un mejor rendimiento. Mientras más nos acerquemos a la confesión, veremos que mejor será la misma y de los efectos que producirá en nuestra vida.

También Scott nos habla de tener un confesor. Como bien lo explica el tener un confesor habitual, nos da la facilidad de tratar con alguien que nos conoce, que sabe cuáles son nuestras debilidades y fortalezas, nuestros fracasos y esperanzas.

Quizás usted no ha encontrado el confesor adecuado pero no debe desanimarse. En ocasiones lo tenemos delante pero no lo queremos reconocer porque nos diría cosas duras que no queremos escuchar.

Yo particularmente pienso que el confesor o director espiritual debe ser un amigo, alguien en quien depositamos nuestra confianza y a quien podemos acudir sabiendo que siempre nos recibirá no importa lo que hayamos hecho o el problema en el que nos encontremos.

Pregunta:

¿Tenemos nuestro confesor o director espiritual que nos ayude en nuestro camino de fe?

TEMA 27

Págs. 166-170

Entramos en lo que eclesialmente se llama *examen de conciencia*. Pudiéramos decir que es un ejercicio que deberíamos hacer todos los cristianos. Consiste en revisar diariamente nuestros pensamientos y actitudes. Sólo así podremos llamar las cosas por su nombre y progresar en nuestro camino de fe.

En cuanto al mejor tiempo, lugar y método de examen es algo que cada uno debe responder, ya que no a todos les viene mejor la misma opción. Lo que sí me parece esencial es que el examen de conciencia debe realizarse en *clima de oración*.

Otro aspecto que debemos tener en cuenta es que los sacramentos no son actos de magia. Desgraciadamente muchas personas lo creen así. La gracia se nos ofrece pero está nuestra parte, lo que queramos hacer con ella. Recibimos en la medida en que nos hemos preparado y estamos dispuestos a acoger.

Es importante tener en cuenta que la confesión es para expresar nuestros pecados, y no los de los demás. Esto puede parecer evidente pero no es así. Sabemos que muchos se acercan para mencionar los pecados de otros, ya que ellos siempre son “inocentes y buenos”.

Por último sería bueno seguir el consejo de Escrivá en cuanto que la confesión debe ser: completa, contrita, clara y concisa.

Pregunta:

¿El examen de conciencia es un hábito en nuestra vida?

TEMA 28

Págs. 171-180

Ciertamente en este caminar desde la fe tenemos que auxiliarnos de la oración y apoyarnos en el testimonio de tantos hermanos y hermanas que han sido coherentes y fieles servidores del Señor. Para tener éxito, Jesús nos dejó al Espíritu, el cual viene en nuestra ayuda tanto en la oración como en la praxis.

Recordamos el carácter eclesial de nuestras acciones. Como pertenecemos al Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, cuando vivimos en gracia y hacemos el bien, eso redundará en bien de toda la comunidad. De la misma forma cuando pecamos y volvemos la espalda a Dios eso perjudica, debilita la vida comunitaria.

Hay personas que son capaces de estar largo tiempo haciendo fila para confesarse, para encontrarse con Él. Ya lo hemos dicho, pero bien vale repetirlo: es un encuentro sanador, liberador y vivificador con Jesús.

Los actos de penitencia van moldeando nuestro corazón. La confesión sacramental bendice y completa el poder de nuestra penitencia cotidiana.

Pregunta:

¿Cómo mismo hacemos fila por otros motivos, somos capaces de hacerla y dedicar parte de nuestro tiempo para tener la experiencia de una buena confesión?

TEMA 29

Págs. 181-186

Un aspecto a tener en cuenta es la restitución. Los evangelios están cargados de ejemplos con la exhortación de Jesús: *Tus pecados te son perdonados, pero no vuelvas a pecar más.* Y tenemos las estremecedoras palabras: “Sean compasivos como el Padre es compasivo” (Lc 6, 36). Y no sólo eso, el daño que hemos cometido en la medida de lo posible debe ser reparado.

Por tanto, por una parte debe estar la resolución de vivir según la opción que se ha tomado y por otra, que vaya creciendo en nosotros una actitud profunda de misericordia para con los demás. *Nuestra experiencia de misericordia debe extenderse a nuestras relaciones cotidianas.* La persona que ha experimentado la misericordia, el perdón, la entrañable benevolencia de Dios, necesariamente la comunica, no se queda con ella para sí.

Debemos recordar que la misericordia de Dios es inabarcable e incomprensible. Va más allá de la justicia, la cual comprende el dar a cada cual según lo que necesite y ha merecido.

Preguntas:

¿Recordamos y actualizamos esa experiencia profunda y personal de misericordia que hemos tenido con el Señor?

¿Somos misericordiosos en nuestras relaciones con los demás?

TEMA 30

Págs. 187 -189

El autor menciona cómo ha disminuido la práctica del sacramento, a lo cual me refería al comienzo de estas charlas. Ciertamente ha bajado considerablemente el número de cristianos que se acercan al sacramento de la reconciliación.

Hay toda una corriente que lleva a disminuir, a restarle importancia al hecho de examinarse e ir ante un sacerdote para recibir la gracia. Estamos inmersos en una cultura en la que todo está permitido, aún más, en la que no debemos sentirnos culpables de nada. Sencillamente cada uno debe tener su medida y la justa según le convenga.

En esto se le añade la influencia protestante que todos conocemos: No es necesaria la confesión con un ministro, la misma debe ser directamente con nuestro Padre Dios.

Es importante hacer conciencia de lo que debemos sanar. Hay mucha gente que sigue por la vida con las heridas abiertas, gente que carga con el pasado a cuestas. Debemos enderezar nuestras historias, mirar hacia delante y poner nuestra mirada en el futuro que está en manos de Dios.

Preguntas:

- ¿Le permitimos a Jesús que entre y restaure nuestra casa interior, nuestro corazón?
- ¿Creemos firmemente que él puede sanar nuestras heridas?

TEMA 31

(Apéndice A). Págs 191-192

Por último se nos recuerdan algunas observaciones litúrgicas como que:

- el sacramento es una acción litúrgica de Cristo y de la Iglesia. Después de este recorrido no debe quedar duda al respecto.
- el sacramento no es un encuentro social o una conversación espiritual. Tampoco es pedir un consejo determinado para una situación personal o familiar.
- es aconsejable que el sacramento se reciba fuera de la celebración de la eucaristía.
- es recomendable que tengamos presente el carácter trinitario del sacramento. La reconciliación tiene su origen en la misericordia de Dios Padre, hace

referencia al Misterio Pascual de Cristo y subraya la intervención del Espíritu Santo en el perdón de los pecados. Por último ilumina el aspecto eclesial, ya que la reconciliación se pide y se otorga por el ministerio de la Iglesia.

- la obra central y decisiva de la reconciliación entre Dios y el mundo es el *misterio pascual de Cristo*, del cual la penitencia, como todos los sacramentos, recibe su poder.